

Envío

San José, 28 de marzo de 1924.

Señor don Joaquín García Monge,
Director del REPERTORIO AMERICANO

Estimado amigo:

Conocedor de su valioso entusiasmo por todo lo que contribuya en forma alguna a resolver los que llamamos *problemas de la raza*, no vacilo en poner en sus manos la encomienda que me hace un distinguido y meritísimo apóstol de la confraternidad ibero-americana.

A don Vicente Balbás Capó lo conocí hace cuatro años, como él lo dice en su carta, presidiendo las sesiones de un círculo de *latinos* que se llamaban ostentadamente *Caballeros de la Raza*. En el seno de ese círculo debatimos largamente el tema ya tan trajinado de los peligros a que están sometidos estos países frente al imperialismo norteamericano, y pude apreciar la bizarra vehemencia con que en el vientre mismo del monstruo anatematizaban aquellos hombres la violencia triunfadora que los constreñía. Muchos de ellos eran portorriqueños y dominicanos, y en sus frases sangraba el alma atormentada de la Patria.

El señor Balbás Capó, portorriqueño que no se resignará nunca a perder su nacionalidad española, es un hombre de complexión hercúlea, de palabra culta y fácil y de un talento sereno y amplio que le permitía encauzar el torrente de aquellas indignaciones y el de mi propia indignación.

Yo pude cumplir allí, entre aquel tumulto de patriotismos desgarrados, el deber caballeroso de decir cómo los Estados Unidos de Norte América habían procedido siempre con mi país como honrados y leales amigos, sobre todo en la época de la tiranía *tinquista*, en que tanto el Gobierno ilegítimo como la revolución restauradora, ansiaban y pedían una decidida intervención de la gran potencia septentrional en favor de sus causas. Dije allí cómo los Estados Unidos, pudiendo haber ayudado al gobernante usurpador para adueñarse por su medio de cuantas ventajas codiciara en nuestro territorio, dió su *apoyo moral* a la demanda del pueblo y allí donde pudo posar sin escándalo su planta dominadora, extendió benévolamente su brazo de Justicia. Y comentando los casos de Puerto Rico, de Nicaragua y de Santo Domingo, manifesté mi anhelo vivo de estudiar alguna vez esos sucesos sobre sus propios escenarios, para poder apreciar y comprender, con mente libre de prejuicios, las di-

(Pasa a la página 42).

La Doctrina de la Rábida

Ateneo de Madrid

Sesión inaugural de la Sección Ibero-americana

[Discurso pronunciado por el Presidente de dicha Sección, don VICENTE BALBÁS CAPÓ].

Ocupan la Presidencia los señores don Armando Palacio Valdés, Presidente del Ateneo; a su derecha el señor Embajador de la República Argentina, y a su izquierda el Presidente de la Sección, señor Balbás Capó y el señor Pérez Santisteban, Secretario Primero de la misma.

En los escaños, los Representantes Diplomáticos de los países ibero-americanos, con el señor Ministro de Portugal y los Cónsules de dichos países. Numeroso público.

Señor Presidente, señor Embajador de la República Argentina, Presidente Honorario de esta Sección; señores Representantes diplomáticos y consulares de los países ibero-americanos; señoras y señores ateneístas:

POR el raro privilegio de ostentar el que habla el inmerecido cargo de Presidente de esta Sección, tócame dirigiros unas palabras; y os prometo que seré breve, porque en este acto sólo se trata de la inauguración de nuestra vida, como Sección, vida que hubo de suspenderse por razones que todo el Ateneo conoce, y que no desconocen tampoco cuantos han seguido el proceso de los últimos acontecimientos políticos de la nación.

Desgraciadamente, nos queda poca vida —vida de Sección, se entiende, porque de la nuestra personal supongo que algo más nos queda todavía—; pero, os anunciamos que en este medio año que nos resta de labor habremos de desarrollar todas aquellas actividades que sean menester para compensar el tiempo perdido, y para que lleguemos, si no a conclusiones definitivas en orden a las finalidades que esta Sección persigue, a lo menos para dejar preparado el terreno convenientemente, a fin de que aquellos que nos sucedan encuentren ya debidamente abonado aquél y puedan recoger cosechas fructíferas y abundantes.

Ante todo, señoras y señores, permítaseme que dirija un saludo cordial, entusiasta y fervoroso a todos los dignos representantes de los países ibero-americanos que nos honran esta noche con su presencia, y que estoy seguro habrían sido más en número si el tiempo nos hubiera favorecido; pero estoy cierto de que los presentes se harán eco cerca de sus demás colegas ausentes, para hacerles copartícipes de este homenaje que a unos y otros rendimos, como elementos componentes que son de un todo espiritual, que está constituido por los pueblos hermanos nuestros que unos y otros representan, con la República lusitana, tan dignamente representada aquí también.

La nieve ha tenido la mala ocurrencia de caer copiosísima en este día en que nosotros inauguramos nuestros trabajos; pero, consolémonos, porque la nieve es blanca, y con su color simboliza la pureza de nuestras intenciones, y al mismo tiempo nos da la sensación de una nueva Natividad, porque coincide con el renacimiento de la Sección Ibero-americana, que tiene los más grandes optimismos en lo que a su futura labor toca, no por la capacidad de los hombres que la integran, sino por el empeño decidido que tienen de triunfar, porque el triunfo de ellos será el triunfo definitivo de los altos ideales de la Raza. (*Grandes aplausos*).

Quiero dirigir también un saludo entusiasta y cariñoso, con todo el respeto que ellas me merecen, a aquellas sociedades ibero-americanas que han actuado antes que nosotros, que han realizado ya gran parte de la labor que corresponde a nuestros comunes anhelos, y que han cristalizado ya en los dos continentes de manera espléndida y definitiva, desde el punto de vista de la más pura idealidad.

No cabe poner en duda que ellas han realizado en España obra fecundísima en orden al acercamiento espiritual de esta noble nación a sus hijas de América, y no me sería lícito omitir sus nombres gloriosos, llenos de ejecutorias indiscutibles. Tales sociedades son: la de UNIÓN IBERO-AMERICANA, la de CULTURA HISPANO-AMERICANA, ambas de Madrid, y la COLOMBINA ONUBENSE, que tiene su sede en el propio lugar santo y glorioso a la vez, que se llama la Rábida, cuya sola evocación trae a nuestros espíritus las emociones más vivas y hondas, pero singularmente al mío, que tiene motivos para pronunciar este nombre con verdadera devoción.

Y perdonadme, señoras y señores, que hable unas pocas palabras de mi persona: cuando yo llegué a España, hace un par de años aproximadamente, cuando yo llegué, digo, sin patria, sin nacionalidad, por haber perdido ambas cosas a consecuencia de una guerra en que esta noble nación perdió los últimos jirones de su vasto imperio colonial, y sin poder llamarme todavía español, porque los que nos vencieron nos habían arrebatado el derecho santo de seguir ostentando aquella nacionalidad y aquella bandera bajo las cuales habíamos nacido, hube de refugiarme en la Rábida, y allí recibí en adopción clamorosa y espontánea, la acogida más fraternal y generosa; porque todos abrieronme sus fraternales brazos, señalándome aquel santo lugar como un anticipo de